

PASCUA 2020

**«YA NO VIVO
YO, ERES TÚ
QUIEN VIVE
EN MÍ»**

**Apuntes de las intervenciones de Pigi Banna
y Julián Carrón por videoconferencia
con los bachilleres de Gioventù Studentesca**

Sábado Santo, 11 de abril de 2020



PASCUA 2020

«YA NO VIVO YO, ERES TÚ QUIEN VIVE EN MÍ»

**Apuntes de las intervenciones de Pigi Banna
y Julián Carrón por videoconferencia
con los bachilleres de Gioventù Studentesca**

Sábado Santo, 11 de abril de 2020

◉ PIGI BANNA ◉

Que venza en nosotros el deseo de participar, en la medida de nuestras posibilidades. Tratemos de estar atentos, en silencio y disponibles a no dejar pasar este momento como uno de los muchos que seguramente hemos tenido este mes ante el ordenador o por teléfono. Para ponernos en esta posición de atención, disponibilidad y silencio, pidamos a la Virgen tener la misma actitud que tuvo ella cuando recibió el anuncio del ángel.

Ángelus

La realidad ha roto todos los esquemas

Nos encontramos de una forma muy extraña, una forma que ninguno de nosotros habría siquiera imaginado hace un mes. Hace un mes hasta nos permitíamos el lujo de poder quejarnos de la rutina habitual, corríamos ansiosos tras las mil citas que la vida nos iba poniendo, hasta que, de repente como todos sabemos, la realidad rompió todos los esquemas. La emergencia del COVID frenó en seco nuestra carrera, cambiando nuestras costumbres, pero sobre todo nos puso delante problemas que creíamos que podíamos dejar a un lado. Como



toda crisis, nos ha obligado a volver a lo esencial, a las preguntas fundamentales.¹ Entre las muchas contribuciones que habéis enviado, basta una con la que nos podemos identificar fácilmente:

Muchas veces en este tiempo me he puesto a pensar en la muerte. He llorado. Muchas veces me ha tocado hacer la compra y otras tareas que me obligaban a hacer cuentas con mi tiempo, del que, iluso de mí, quería ser dueño. Además, mi padre trabaja en cuidados intensivos... Aparte de eso, quién sabe qué pasará con la Evau. Y después... Es un inmenso mar en el que navego desde que empezó el año, y muchas veces he estado a punto de ahogarme. Entre imprevistos y proyectos que han saltado por los aires, la realidad ha roto todos mis esquemas.

Impotencia: vagabundos, solos, prisioneros

¿Quién no podría suscribir estas palabras? La realidad ha roto nuestros esquemas, desvelando toda nuestra impotencia. Creo que esta es la primera evidencia que todos hemos compartido en este tiempo. Impotencia.

Una impotencia que surge a veces por la incapacidad de hacer algo bueno, útil, en nuestras jornadas, que transcurren vagando encerrados por la casa. Justo ahora que somos libres de nuestras *performance*, del juicio de los demás, nos sentimos como vagabundos en casa. Intentamos seguir de algún modo las clases online, esperando una hora de respiro cuando llegan las videollamadas, pasamos de una serie de televisión a otra, hundiéndonos cada vez más en el sofá o en la cama, esperando encontrar algo útil para huir del aburrimiento y la pasividad, pero los resultados son escasos. Ahora parece aún más verdadero lo que escribía Orwell en su famosa novela: «Lo verdaderamente característico de la vida moderna no era su crueldad e inseguridad, sino su vacuidad, su lobreguez y su apatía».²

Tal vez nunca como en este tiempo hemos sentido la necesidad de recuperar el gusto, el color de la vida, algo que le dé sentido.

1 «Una crisis nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas pero, en cualquier caso, juicios directos. Una crisis se convierte en un desastre solo cuando respondemos a ella con juicios preestablecidos, es decir, con prejuicios. Tal actitud agudiza la crisis y, además, nos impide experimentar la realidad y nos quita la ocasión de reflexionar que esa realidad brinda» (H. Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona 1996, p. 186).

2 G. Orwell, 1984, Debolsillo, Barcelona 2013.



Pero, como decía, nos sentimos impotentes. Una impotencia que tocan con sus propias manos los que se han visto alcanzados directa o indirectamente por la enfermedad, sin poder hacer casi nada por sus seres queridos. Pero es una impotencia, una soledad, que vive también el que no está enfermo, como escribe de nuevo uno de vosotros:

«La novia me ha dejado, los amigos parecen haber desaparecido, es imposible hablar con nadie de mi familia, todos están nerviosos y preocupados por las circunstancias».

Resumiendo, los que mueren en los hospitales no son los únicos que están solos, nosotros también podemos sentirnos solos cuando parece que nos ahogamos en la “tumba” de nuestras habitaciones. No solo vagabundos, sino también solos. Sentimos como nunca la necesidad de encontrar un amor verdadero, que no se limite a hacernos compañía de manera intermitente sino siempre, también cuando estamos físicamente solos.

Sin embargo, esa impotencia regresa, regresa con un rostro de rabia: la rabia de no poder salir, de tener que respetar las reglas, sintiéndonos prisioneros. Prisioneros en nuestra propia casa. ¿Pero cuántas veces hemos tenido la tentación de huir de todo, huir del juicio de los demás, huir de las obligaciones y refugiarnos en nuestra habitación? Pues bien, ahora podemos hacerlo y sin embargo nos sentimos presos. Lo afirma también una de vosotras: «Todos los días me encuentro sin tener la menor idea de qué hacer con esta libertad»; tenemos la libertad pero nos sentimos prisioneros. El escritor ruso Tolstoi viene a aumentar la dosis: «Valeroso y libre entonces [...]; ahora, sepultado en una existencia inútil y vacía, miserable y estúpida, sin salida».³

Nunca como en este tiempo hemos sentido la necesidad de recuperar el gusto, el amor verdadero por la vida y sobre todo por la libertad, esa libertad que nos permita sentirnos libres incluso entre las cuatro paredes de nuestra habitación.

Una ocasión para mirarnos a la cara a nosotros mismos

Vagabundos, solos, prisioneros. En una palabra, impotentes. ¿Quién de nosotros no se ha sentido así al menos por un momento en este mes? Pero no debe-

3 L. Tolstoi, *Resurrección*, Debolsillo, Barcelona 2008.

mos escandalizarnos, no debemos hacernos reproches, es más, podemos mirar con ternura esas emociones que hemos sentido cada uno de nosotros. Con ternura y como una ocasión para aprender algo. De hecho, ¿qué desvelan de nosotros mismos? ¿Qué dice de nosotros esa sensación de impotencia? Desvela que tenemos necesidad, que “somos” necesidad, sobre todo en este tiempo, de algo esencial: encontrar algo o alguien que nos devuelva ese sentido, ese amor, esa libertad que tanto necesitamos pero que no nos podemos dar solos. Digámoslo claramente: no nos bastan los mensajes de consuelo de todo tipo, un optimismo de poca monta que hasta nos hace reír, nos alegra por un instante, pero no nos cambia, no deja huella en nuestras jornadas, no nos da lo esencial para vivir, no mañana sino aquí y ahora, como escribe una de vosotras:

«¿Qué sentido tendría decir “solo seré feliz cuando acabe la cuarentena”, cuando todo vaya bien? ¿Sería una estafa! ¿Por qué no puedo ser feliz también aquí? Si no puedo ser feliz aquí, ¿tampoco lo seré realmente cuando pueda salir!».

Es totalmente cierto lo que dice esta amiga porque nuestro yo, nuestra humanidad, sale a la luz en este tiempo más que nunca: como exigencia de verdad, de gusto, de amor, de libertad. Sí, son preguntas inmensas para las que no tenemos respuesta, parecen demasiado en comparación con la pequeñez de nuestros intentos, pero estas preguntas nos constituyen. Como demuestra lo que escribe una chica a su profesor:

«¿Qué sentido encuentra usted a este tiempo en que el mundo entero se ha parado, pero a pesar de ello la vida nos presenta todos los días desafíos que parecen insuperables?».

¿Qué sentido encuentro? Es realmente extraño nuestro yo. Realmente extraño, pero único. Nos diferencia de los animales. El animal se conforma con adaptarse a las circunstancias imprevistas para sobrevivir, si no moriría; nosotros no, no nos conformamos con sobrevivir a la cuarentena, más aún, puestos contra las cuerdas, sentimos en nosotros esta necesidad única de entender, de preguntarnos «¿por qué?, ¿dónde está el sentido de todo esto?, ¿dónde ha acabado el amor verdadero, ese que nos hace libres y nunca nos deja solos?».

Si no queremos salir, cuando podamos salir, de nuestras casas aún más desconfiados de la vida, aún más asustados, aún más atontados que antes, tal vez haya llegado la hora, sin escandalizarnos de todo lo que hemos vivido, de poder

mirar por fin a la cara a nuestro yo y escuchar esas preguntas. No digo saber una respuesta sino al menos escucharlas. ¿Y qué hemos descubierto a lo largo de este mes, cuando hemos escuchado esas preguntas?

La realidad es un dato más grande que nuestros pensamientos

Leyendo lo que habéis escrito y pensando en mí, en mi experiencia, diría que lo primero que hemos descubierto es la realidad, cómo esta realidad, la del COVID-19, ha dado un vuelco a nuestros pensamientos. La realidad. Se ha impuesto como un dato que no depende de nosotros sino del que nosotros dependemos. Esa realidad, de la que nos quejábamos tantas veces, que dábamos por descontada porque nos sentíamos dueños de ella, nos ha obligado a mirarla a la cara y reconocerla por lo que es: un dato, un dato que no podemos manipular como queramos, ante la cual nos encontramos en primer lugar pasivos.⁴ Por tanto la podemos aceptar, recibir, reconocer, acoger, intentando vivirla intensamente, o bien podemos cerrarnos en banda y rechazarla. Pero, en cualquier caso, tanto si la aceptamos como si la rechazamos, hay una cosa evidente: no la hacemos nosotros. Ninguno de nosotros habría querido que el coronavirus existiera.

Escribe una de vosotras: «Me doy cuenta de que la realidad está cada vez más, más que todo lo que yo tengo en mi cabeza». La realidad está cada vez más; y tal vez, en vez de resistirnos o cerrarnos a ella, nos conviene secundarla y vivirla intensamente, como cuenta otra amiga:

«Nada parecía tocarme cuando, la noche de la super luna, salí al jardín a contemplar el cielo estrellado. Me quedé una media hora mirando un punto fijo en el espacio, cuando un chorro de lágrimas me cubrió la cara. ¿Cómo podía ser tan estúpida como para no darme cuenta de algo tan sencillo y mágico como un cielo así? Yo estaba ahí en ese momento, fuera, en el jardín de casa, llorando por un montón de constelaciones y asteroides puestos allí para mí».

No podemos no darnos cuenta, si nos detenemos un instante, de que no he-

⁴ «La misma palabra “dato” refleja una actividad delante de la cual yo soy sujeto pasivo; ahora bien, se trata de una pasividad que constituye mi actividad original, que es precisamente recibir, constatar, reconocer» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 147).

mos hecho nada de todo lo que nos rodea: todo nos viene dado. Pero... igual que ese cielo estrellado, tan hermoso, ¿también nos viene dado el coronavirus? ¿Qué quiere decir aceptarlo?

Presencias verdaderamente amigas

Es una pregunta que da vértigo. Solos, lo sabemos, es difícil mantenerse en pie, solos es difícil aceptar una realidad como esta. En este mes, si lo pensamos, solo cuando nos hemos encontrado o reencontrado con ciertos rostros amigos, ciertas presencias totalmente distintas de las demás, inesperadas, solo cuando nos hemos encontrado con ellas ha sido posible aceptar la realidad y no huir encerrándonos en nosotros mismos. Son presencias distintas, como una profesora cuyos alumnos, conectados por video, le han dicho: «Profesora, aquí todos estamos en tensión y usted en cambio sonríe, ¿cómo puede sonreír en esta situación?».

Son presencias de las que nos damos cuenta enseguida, porque son distintas de las “palmitas en el hombro” que nos damos por videollamada pero no consuelan, no hacen verdadera compañía, no nos sacan de la soledad ni mucho menos del vacío de nuestros pensamientos. Como describe Pasolini con una expresión estupenda: «Siempre falta algo, en todo lo que intuyo / hay un vacío. Y resulta grosero / este no estar completo, es grosero, / jamás fui tan grosero como en esta ansiedad, / en este “no tener a Cristo”, un rostro / que sea instrumento de un trabajo / que no se pierda por completo / en el mero intuir en soledad».⁵

Hay ciertas caras que nos arrancan de la nada de nuestros pensamientos y rompen la monotonía. Como ha dicho Julián Carrón, son «presencias verdaderamente “amigas”, [...] presencias [...] tan excepcionales que nos dejan sin palabras, en silencio».⁶ Lo hacen con gestos sencillísimos (una llamada, un mensaje), pero son diferentes de las demás, porque esas presencias amigas no se avergüenzan de nosotros, nos vuelven a poner delante de la realidad, nos quieren más que nosotros mismos. Es facilísimo interceptar su diferencia en este tiempo tan difícil. Escribe uno de vosotros:

5 P.P. Pasolini, «VI. L'alba meridionale», *Poesia in forma di rosa (1961-1964)*, en *Bestemmia. Tutte le poesie*, vol. II, Garzanti, Milán 1995, p. 801; la traducción es nuestra.

6 J. Carrón, *Carta al movimiento de Comunión y Liberación*, 12 de marzo de 2020, p. 3, clonline.org



«Me ha cambiado la lealtad y sinceridad de mis amigos, que no se han ahorrado ni un gramo del dolor de esta situación, sin censuras: los casos positivos del virus en amigos y familiares, el miedo, las dificultades con el curso. Eso me ha sacado inmediatamente del “cómodo nido” que me había creado. Ante ciertos relatos extremadamente auténticos, ante la humanidad de ciertas personas mayores que yo, he visto que yo también tengo el deseo de vivir esta cuarentena “humanamente”, sin máscaras».

Una nueva autoconciencia

Este es el gran descubrimiento. Cuando nos encontramos con personas así no solo se abren nuestros ojos ante la realidad, también el deseo de vivir humanamente, sin máscaras, por esa mirada amorosa que dirigen a nuestro yo. Ante nosotros, no sienten miedo ni vergüenza, nos introducen en una nueva conciencia de nosotros mismos, una nueva autoconciencia. Cuando estamos con ellos, cuando pensamos en ellos –decidme si no es verdad– sale una profundidad de nosotros mismos que nunca habríamos imaginado. Una persona que ya empieza a mirarse así, realmente puede cambiar el mundo. Ya nos lo decía don Giussani: «La fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia, es decir, de la percepción que tiene de los valores que definen su personalidad».⁷ Para poner un ejemplo, leo un fragmento de una carta que una amiga enfermera, que estos días lucha contra el Covid-19, ha escrito a Carrón:

«Sin duda preferiría no tener que trabajar en estas condiciones con los enfermos de Covid, en vez de verme obligada a hacerlo. Preferiría un montón de cosas distintas. Pero mi corazón, tan necesitado de todo como lo está estas semanas, no lo cambiaría por nada del mundo. ¡Las cosas tienen un sabor nuevo! Solo porque soy amada puedo afrontar esta situación con alegría».

Solo cuando uno se descubre amado, puede empezar a decir: «mi corazón, tan necesitado de todo, no lo cambiaría por nada del mundo». Quien se siente amado descubre la grandeza de su corazón. Este corazón que todos, todos, llevamos dentro. ¿Pero quién de nosotros se ha dado este corazón? ¿Quién de nosotros ha firmado el certificado para que se lo implanten? ¿Quién de nosotros le ha

7 L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 151.



dado permiso para latir? Solo gracias a estos encuentros podemos descubrir la nobleza de este corazón, tan impotente que se siente prisionero, solo, pero tan exigente, porque no se hace a sí mismo. Es hecho, es querido, es amado.

Estos días pensaba en la hilera de féretros apilados en camiones militares –todos hemos visto esas impactantes imágenes– y me preguntaba: ¿qué es el hombre? Es como una brizna de hierba, ayer estaba y hoy ya no está.⁸ Sin embargo, entre la nada de la que venimos y nuestra muerte, sin que tú lo hayas querido, existes ahora, yo existo, alguien te ha querido, no te das a ti mismo, no te estás dando el ser. Tú y yo éramos nada, pero a partir de esa nada alguien te ha querido y te ama ahora.⁹

¡Qué conciencia tan increíble podemos tener de nosotros mismos! Qué conciencia tan increíble: yo ahora soy querido, soy amado, no me doy el ser; y a quien me está dando el ser, tímidamente, a medida que voy madurando, empiezo a hablarle de tú, «Tú», «Tú que me has hecho así, Tú que me haces». «Esto es la oración: la conciencia de uno mismo en su profundidad hasta el punto de encontrarse con Otro»,¹⁰ que le ha querido, que le ama. La oración no es una serie de gestos, de ritos, de palabras al viento como los cantos en el balcón de estos días. La oración es la expresión madura de alguien que empieza a decir: «Es una Gracia que yo exista. ¡Qué Gracia, qué increíble es que alguien me haya querido!». A ese Tú que me hace puedo dirigirle todas las preguntas que me apremian: «¿por qué has permitido esta situación?»; «¿por qué me quieres aquí,

8 «Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? / ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos? // El hombre es igual que un soplo; / sus días, una sombra que pasa» (Sal 144,3-4).

9 «No había más que la nada, todo era nada, pero, más concretamente, tú y yo éramos nada: la palabra “elección” marca el límite, el umbral, entre la nada y el ser. El ser brota de la nada por designio, por elección: no existe otra condición que pueda proponerse, no se puede pensar una premisa distinta de esta. La designación y la elección son pura libertad del Misterio de Dios en acto, la libertad absoluta del Misterio expresándose» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 74, 75).

10 «Cuando pongo mi mirada sobre mí y advierto que yo no estoy haciéndome a mí mismo, entonces yo, yo, con la vibración consciente y plena de afecto que acucia en esta palabra, no puedo dirigirme hacia la Cosa que me hace, hacia la fuente de la que provengo en cada instante, más que usando la palabra “tú”. “Tú que me haces” es, por tanto, lo que la tradición religiosa llama Dios; es aquello que es más que yo, que es más yo que yo mismo, aquello por lo que yo soy. [...] La conciencia de uno mismo, cuando ahonda, percibe en el fondo de sí a Otro. Esto es la oración: la conciencia de uno mismo en su profundidad hasta el punto de encontrarse con Otro. Por eso la oración es el único gesto humano en el que la estatura del hombre se expresa totalmente» (L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 152).



en esta situación?»; «¿por qué no lo has impedido?»; «¿qué quieres de mí?».

Si en el fondo de nosotros mismos tenemos esta autoconciencia, también hoy, encerrados en nuestras habitaciones, por mucho que nos equivoquemos, aunque hayamos cometido errores y nos sintamos prisioneros, esta es ya la revolución en el mundo. No tenemos que esperar a salir de nuestras casas porque ya estamos preparados para afrontar cualquier desafío ahora. Este es el gran beneficio que podemos obtener –paradójicamente– de este tiempo de coronavirus: una nueva conciencia de mí mismo, que soy amado, haga lo que haga.

Un Hombre del que depende la positividad de la existencia

Yo tengo esta certeza, os puedo hablar con esta certeza del corazón de cada uno de vosotros, del corazón de cada uno de nosotros, porque mi historia, como la historia de tantos de vosotros que estáis escuchando, ha sido alcanzada por el anuncio de un Hombre que, en el fondo de sí mismo, se sentía siempre amado, en el fondo de sí sentía que no estaba en este mundo por error, decía ser el Hijo de Dios, el Hijo predilecto de Dios.

Él, como nosotros, vivió toda la impotencia que estamos compartiendo en este tiempo: la soledad, el abandono, el sentirse prisionero, la traición hasta el vacío de la muerte, pero ni siquiera en ese momento dejó de dirigirse al Padre, preguntándole: «¿por qué has permitido todo esto?»; «¿no se podía evitar esta prueba?»; «¿por qué me has abandonado?». Así murió el Hijo del hombre: entregándose en las manos del Padre.

Este Hombre, hace poco menos de dos mil años, resucitó, venció a la muerte y Su victoria nos alcanza hoy concretamente a través de esas presencias amigas de las que hablábamos, esas personas en las que, como dice Carrón, es posible ver encarnada la experiencia de la victoria, la experiencia de la resurrección.¹¹

«Este Hombre resucitado es la Realidad de la que depende todo lo positivo que hay en la existencia de cada uno de los hombres», decía don Giussani. Para él, «el verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del

11 «Más que cualquier discurso tranquilizador o receta moral, lo que necesitamos es toparnos con personas en las que podamos ver encarnada la experiencia de *esta* victoria, la existencia de un significado proporcional a los desafíos de la vida» (J. Carrón, *Cómo aprendemos a vencer el miedo en medio de las dificultades*, elmundo.es, 3 de marzo de 2020).

corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo». ¹² Por ello, no con desesperación sino con fe, en Él nos descubrimos mendigos y podemos dirigirle esas preguntas que nos surgen en este momento y que Él ha compartido con nosotros: «¿por qué todo esto?»; «¿qué quieres de nosotros?».

Estas preguntas dirigidas a Él con fe, fe en Su victoria, nos darán la certeza necesaria para poder construir ya desde hoy un mundo nuevo, sin tener que esperar a salir de nuestras casas, porque este es el yo nuevo, el yo que se siente más él mismo cuanto más amado se siente.

Antes de desearos una feliz Pascua, debo anunciaros una sorpresa de este Amor que está en el fondo de nosotros mismos: la presencia de Julián por videoconferencia; por cómo nos ha acompañado en este tiempo, hoy también ha querido estar con nosotros para saludarnos.

◉ JULIÁN CARRÓN ◉

Buenos días, hola a todos. Ayer, tratando de identificarme con lo que estábamos celebrando, el Viernes Santo, releí un texto del entonces cardenal Ratzinger: «Las grandes composiciones musicales en torno a la pasión que escribió Juan Sebastian Bach, y que cada año escuchamos en la Semana Santa con renovada emoción, encierran en sí, rodeado de una belleza admirable, el misterioso acontecimiento del Viernes Santo. Estas pasiones no hablan de la resurrección –todas terminan con la sepultura de Jesús–, pero su dignidad llena de pureza vive de la certeza de la Pascua, de esa certeza de la esperanza, que ni siquiera en la noche de la muerte se apaga. De entonces a acá [es decir, en este momento que estamos viviendo], se nos ha vuelto curiosamente extraña esa serenidad de la fe llena de consuelo, a la que no es preciso hablar de la resurrección porque esta alimenta su vida y su pensamiento». ¹³

Me sorprende que Jesús no ahorrara a sus amigos la prueba, como tampoco

¹² L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 15, 17.

¹³ J. Ratzinger - Benedicto XVI, *Gesù di Nazaret. Scritti di cristologia*, LEV – Ciudad del Vaticano 2015, p. 13 (trad. esp. en *Via Crucis*, Encuentro, Madrid 2006, p. 9).



nos la ahorra a nosotros. Por eso dijo a su amigo Pedro: «Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague –cuando sea negado y crucificado–. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos».¹⁴

¿Por qué Jesús no les ahorró esa prueba? ¿Por qué tampoco ahorró a los discípulos el silencio de muerte del Sábado Santo? Para que pudieran llegar a la comprensión de lo que era realmente Jesús. Para que pudieran entender la novedad que Él puede introducir hasta en la circunstancia más oscura. Nosotros debemos estar siempre agradecidos a estos amigos, a estos primeros amigos de Jesús que atravesaron por nosotros la oscuridad de “aquella” noche.

Hoy podemos preguntarnos: ¿cómo vivirían Juan y Andrés cualquier circunstancia de su vida después de atravesar toda esa oscuridad y haberlo visto vivo? Estoy seguro de que no habrán podido evitar afrontar cualquier desafío, cualquier sacudida, cualquier circunstancia por inquietante que fuera, sin llevar en sus ojos la presencia de Cristo resucitado, al que habían visto vivo. Tuvieron que atravesar toda esa oscuridad para darse cuenta de que no estaban solos con su impotencia, con sus problemas, con sus tinieblas. Desde el día de Pascua, todos se vieron investidos por una Presencia única, distinta de todas las demás.

Por eso, otro amigo como san Pablo pudo resumir con esta frase cómo sería la vida de todos los amigos de Jesús después de Jesús, después de su resurrección: «Y mi vida de ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí».¹⁵ Los primeros amigos de Jesús nos dan así la clave para entrar en cualquier circunstancia, para mirar cualquier desafío: antes de hacer cualquier cosa, antes de imaginar cómo afrontarla, el reconocimiento de su presencia viva dominaba su corazón, su memoria.

Por tanto, no os decimos lo que habéis escuchado o lo que os vayamos a decir para contaros un cuento que nos aleje del desafío que estamos viviendo en este momento. Al contrario, nosotros partimos de aquí –del reconocimiento de Su presencia– para poder no huir de este desafío, para poder entrar en cualquier oscuridad en Su compañía, para poder mirar cualquier circunstancia de manera adecuada, porque ya no existe un mundo, una circunstancia, una oscuridad,

14 Cfr. Lc 22,32.

15 Gal 2,20.



en la que Cristo resucitado no haya entrado ni pueda entrar. Porque Él fue el primero que entró en la oscuridad del sepulcro; no se quedó mirando nuestra muerte desde el balcón sino que la padeció, entrando en el sepulcro para poder decir, no con un discurso, no con un cuento, no con un eslogan –«todo saldrá bien»–, sino con un hecho que la oscuridad y la muerte han sido vencidos.

Este anuncio lo hizo resonar en nuestra vida otro amigo, mucho más cercano en el tiempo, don Giussani; él nos lo dijo, como leemos en el Cartel de Pascua de este año: «Ese Hombre resucitado es la Realidad de la que depende todo lo positivo que hay en la existencia de cada uno de los hombres. Toda experiencia terrena que se viva en el Espíritu de Jesús, resucitado de la muerte, florece en la eternidad». Pero este florecer no solo se refiere al futuro, «este florecer no se producirá solamente al final de los tiempos; ya comenzó en el amanecer de la Pascua».

Quien deja entrar esta Presencia en su vida, quien reconoce esta presencia viva de Cristo, ¡empieza a ver este florecer en su propia vida ahora! Por eso me ha llamado la atención que una de vosotros escribiera a una amiga mayor que ella, que le ha dado a conocer esta historia que le ha alcanzado, diciéndole que «algo más grande se ha dado a conocer de la manera más sencilla posible, es decir, haciendo suceder hechos que poco a poco han llenado de una extraña alegría mi corazón enfermo de miedo: es A/alguien [con mayúscula y minúscula en la misma palabra] que tiene el poder de liberarme de la angustia porque quiere hacerme respirar la vida, la vida que hay incluso ahora y que he visto en vosotros. Lo sé porque yo antes estaba en casa para no arriesgarme a morir, para no perder el aliento. Ahora estoy en casa para vivir, vivir. Estar en casa ya no es defenderme de una amenaza, sino el lugar en que espero que me alcance la verdadera vida. Ha cambiado todo, desde mi manera de vivir las clases a distancia a mi forma de mirar a mis amigos. “Sí, porque Él está aquí”. [...] Vivir esta nueva situación con la misma mirada de siempre era difícil, pero no imposible. Difícil porque no basta con repetir palabras positivas [hemos oído muchas estos días]. No imposible, porque basta tan solo con que vuelva a suceder, y hoy ha vuelto a suceder. La verdadera alegría reside en dar la vida por la obra de Otro, y la primera obra soy yo, que he dejado que alimente mi humanidad el Único que lo puede hacer».



Esto es lo que os deseo, lo que os dejo, lo que pedía esta chica de dieciséis años: dejad entrar Su presencia viva en vuestro corazón, en los pliegues de vuestra vida, para que la circunstancia actual no sea para vosotros una tumba sino el lugar de la resurrección, el lugar donde podáis ver florecer vuestro yo.

¿Por qué os deseo esto? ¿Por qué, entre todas las cosas posibles, elijo desearos esto? Porque, como esta chica, el hombre ve cuando está dentro de una relación, como nos decía Giussani. «Como un hijo junto a su padre, como el discípulo frente al maestro de verdad, como un amigo próximo al amigo poderoso, así el hombre ve *desde dentro de esa relación*»,¹⁶ igual que Juan y Andrés vieron desde dentro de su relación con el Amigo vivo.

Por eso, solo debe preocuparnos una cosa, nos dice don Giussani: «Es como si el objeto primero de la atención fuera esta Presencia, no el “deber” a cumplir. Es como si el término primero de nuestro afecto fuera esa Presencia, no la realidad a poseer. Es como si la fuente primera de la que se saca la energía necesaria fuera esa Presencia, no la propia fuerza ética. La claridad del juicio [...], la inclinación afectiva hacia lo justo y la fuerza de la voluntad, madura todo ello como una consecuencia, porque la totalidad de la persona se siente atraída y movida al bien por su relación con esa Presencia».¹⁷

Ahora, para dejar entrar esta Presencia, escuchemos el *Regina Caeli*.

¡Feliz Pascua, amigos!

16 L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 285.

17 *Ibidem*, p. 285.

